

Cruz Diablo

Ana Claudia Martínez



Capítulo 1

Sabía que esa misma semana Hawking, el día antes de morir, había presentado los resultados de su último descubrimiento: el portal a la cuarta dimensión.

¿Hacía falta que un científico hubiese indagado y contratado un equipo de expertos para darle forma - haciéndolo "confiable" para ese mundo que solo cree en lo que ve - a algo que ella, por experiencia propia, sabía de antemano que existía, al haber caído en esa dimensión escuchando La trampa?

Un encuentro largamente esperado. No solo por ella sino también por él. Damián le había seducido en unos sesenta días - sí, los había contado porque aún no superaba el mecanismo obsesivo del amor romántico - y esa noche concretaban lo que había encendido los chats nocturnos.

No te enamores de mi, linda, porque soy un diablo negro.
¿Te hacés el misterioso? Pará que me persigno y rezo: icruz diablo, mijito! - ironizó en lo que sería la señal de la cruz pero invertida. No iba a fallarle al anticristo por caerle bien a un tipo. Uno que le hacía temblar hasta el inconsciente con su tridente oscuro. Pero un tipo como cualquiera a fin de cuentas.

Vos burlate, nomás, pero luego no digas que no te advertí. Si te enamorás de mí vas a ver que el infierno se abre y no es fuego, como nos quieren hacer creer... - se fue diluyendo la mirada intensa tras el humo azul del cigarrillo.

Entonces no me voy a quemar. No le temo al dolor. Tampoco a quemarme, si enamorarme de vos significara arder en las llamas, que decís no son reales. Lo que sí temo es congelarme sin tirarme al vacío - le quitó el cigarrillo de los labios y chupó hasta casi quemar el filtro. Quizás el frío de una ausencia sea peor que una brasa encendida chamuscándote la piel - tomando el pucho agónico se lo acercó a los pelitos del brazo tapizado de lunares y constató que no se movió. En su parálisis le demostraba que deseaba ser tatuada como las vacas, que mansas, pastan por el campo de su dueño.

La había pasado a buscar, puntual, por el edificio, estacionando en la esquina más oscura. No llegó a decir "hola" que le partió la boca de un beso, tal como había prometido en el último whatsapp.

No quería enamorarse - claro que no - pero es tremendamente difícil encontrar alguien que no solo bese, sino que entregue su lengua de manera tal que desdibuje los labios, las mejillas, los límites de la piel y te deje desnuda con la ropa puesta.

Él no era perfecto. Tanto no se iba a engañar. Varias desilusiones se había llevado hasta el momento. Pero sí que ejecutaba de manera marcial cada acto y eso, en sí mismo, era una cuestión de perfección.

A la hora de darle un beso se acercaba con los ojos abiertos – nunca le había gustado los tipos que cerraban los ojos al besar, contrario a lo que muchas de sus amigas sentían, porque en esa apertura paladeaba lo que es saberse objeto de deseo, sentir que le rompes el cerebro al otro y, que en ese momento, nada importa y se llegaría a matar al que se interpusiera en ese instante de traspasar todas las dimensiones conocidas –, ladeaba la cabeza hacia la izquierda – ¿cómo había sabido desde el primer momento que ese era el modo y lugar en que ella besaba? – y, abriendo los labios, introducía la lengua de esa manera que le recordaba el frenesí de los caracoles que atrapaba, hundiendo las manos en la arena húmeda, en La Coronilla. La misma cosquilla le recorría la entrepierna. El molusco buscaba el refugio entre las paredes de su boca, tibia y amorosa.

Esto tan solo había sido un mero preámbulo para un encuentro que los despojó de corazas. Igual que los caracoles, que perdían la concha al desmenuzarnos en sus manos de niña curiosa, se movían intensos, desesperados, desgarrándose en abrazos y besos, que se multiplicaban entre segundos al perder la lógica de Cronos.

Se enamoró porque estaba previsto que así lo hiciera. Nunca se desafía con un “no te enamores” a quien destruye su castillo de naipes con tal de amar.

Tras el abrazo de despedida, refugiados en el auto, en la misma esquina oscura, abrió los ojos para comprobar que él los mantuviera abiertos. Sí, le diría que lo amaba y él no podría hacer nada al respecto.

No estaba.

La lengua saboreaba, incrédula, un espacio vacío y la cabeza hacía fuerza para mantenerse erguida.

El volante, desprovisto de esas manos que le habían llevado al extremo del placer, se le hacía desvalido sin tener quién le indicara la dirección.

Los ojos que le habían despertado al deseo se habían esfumado.

Solo un aire vacío era compañía.

“La cuarta dimensión es la muerte sin funeral, sin ilusiones ni infierno, cuando alguien te hace sentir que ahí está el amor” – recordó la noticia que había leído hacía unos minutos, mientras Damián se vestía en el baño

del motel, y que Hawking había reservado para su final.

Extraña y repentina apertura. Momento luminoso. Final oscuro.

Observó la pequeña marca en el brazo derecho. Una llaga minúscula que ya no dolía. También sus vellos habían desaparecido tras el placer de saberse quemados.

Una pequeña tumba tatuada en la piel.

Una vez más recordó a los caracoles, hundidos y temerosos, dejando los rastros de su ausencia en la arena húmeda de La Coronilla.

Relato inspirado en Cruz Diablo y Caída Libre de La Trampa